

Las (des)parejas de Hadley

Tessa Hadley publicó su primer libro a los 46 años y después ha sido capaz de escribir novelas tan maravillosas como esta

RODRIGO FRESÁN

Cuando en 2019 se publicó en Reino Unido *Lo que queda de luz*, *The Telegraph* se preguntó: «¿Cómo es posible que Tessa Hadley no sea más conocida y celebrada?». Buena pregunta que podría ampliarse con un cómo es posible que esta sea la primera de sus siete novelas y cinco colecciones de cuentos en ser traducidas al español. Hadley (Bristol, 1956) desciende de los minutos emocionales de Henry James (a quien le ha dedicado todo un libro/ensayo) y de Virginia Woolf, así como de esas posteriores y sutiles pero feroces *grand dames* de las letras británicas como Elizabeth Bowen o Barbara Pym o Elizabeth Taylor. Es decir: Hadley explora las tensiones y contracturas de la despareja vida en pareja.

EN ESTE CASO, «LO QUE QUEDA DE LUZ» de dos parejas en la cincuentena acomodada y habitando el londinense barrio *posh* de Hampstead: la de la artística Christine Drinkwater y del maestro con ambiciones de poeta Alexandr Klimec, y la de la espectacular, pero un tanto pasiva Lydia Smith, con el dueño de galería de arte Zachary Samuels. Amigos legendarios desde su post-adolescencia, cuando las parejas estuvieron mezcladas pero no revueltas. Todos lados del más perfecto y disfrutable de los cuadros donde se comparten consejos acerca de cómo educar a hijos mientras se escucha a Schubert y se discute a Tarkovsky y se va de vacaciones a la Bienal de Venecia. La dulcísima vida, sí, y -por qué no- he aquí el agrio y perfecto y denso material a ser protagonizado por los elencos ya maduros de aquellas ligeras comedias románticas y *for export* con Hugh Grant al frente.



Lo que queda de luz

Tessa Hadley

Trad.: M. Palmer
Sexto Piso, 2020
236 páginas
19,90 euros

★★★★

PORQUE DE PRONTO (muy de pronto, página 4) todo se agría: Zachary se derrumba y muere en el trabajo. Y resulta que -como piensa

Christine- de los cuatro ángulos Zachary era el más indispensable. Y esto queda aún más en evidencia cuando Christine y Alex invitan a la flamante viuda Lydia a quedarse con ellos hasta reponerse. Y lo que en principio es una especie de duelo nostálgico enseguida se convierte en algo mucho más difuso e incontrolable. Así, de pronto -de esa súbita deformación de un formato hasta entonces armonioso, de cuarteto devenido en trío- surgen los trazos retorcidos y las sísmicas desigualdades y réplicas disimuladas a lo largo de décadas. Así, Hadley es una perfecta escritora de ambientes listos para desordenarse y de momentos de debilidad que acaban configurando un todo sólido que bebe de lo clásico, de lo modernista y de lo posmoderno para concluir siendo *vinatge*. Y, finalmente, hacer que el lector lamente el que ya no se escriban tantas novelas así; pero se consuele pensando en que, por fortuna, Tessa Hadley sigue en ello, aunque no se lo reconozcan todo lo que se merece. ■



Tessa Hadley



El madrileño Andrés Barba ganó el Premio Herralde de novela con «República luminosa» EFE

UN ARQUITECTO ESPAÑOL EN NUEVA YORK

Andrés Barba novela el «sueño americano» de Rafael Guastavino y cómo patentó allí la técnica medieval de la bóveda tabicada

Vida de Guastavino y Guastavino



Andrés Barba
Anagrama, 2018
104 páginas
16,05 euros
E-book: 10,44
★★★★

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

Después de su formidable novela *República luminosa*, al recibir *Vida de Guastavino y Guastavino*, tan diferente, tuvo la falsa impresión de que Andrés Barba con la beca en la Public Library de Nueva York, origen de este libro, se había tomado un descanso en su excelente trayectoria literaria. Es un descanso, sí, en cuanto invención de mundo, pues se acoge a un recurso bastante frecuente en escritores que toman prestada una vida real para novelarla. Lo han hecho Elena Poniatowska, Vargas Llosa, Juan Bonilla o Javier Montes. Pero en la elección del personaje ya hay mucho, pues no es lo mismo novelar a Leonora Carrington, Roger Casement o Maiakovski y Naouli Olin, que hacerlo con la vida de un emigrante español a Nueva York, que triunfa como arquitecto por un ingenio algo picareesco capaz de vender a la emergente gran urbe

un sistema constructivo de bóvedas del mediterráneo medieval.

Hay dos opciones de esta *nouvelle* que la rescatan del peligro de la obviedad: su tamaño, y su punto de vista. Ambas me han parecido inteligentes soluciones para un problema que la novela tiene desde el comienzo: cómo resistirse a dar sin más la vida verdadera o documentada de quien viene desde la nada al triunfo, desde ser un inmigrante que no sabe inglés a ser invitado a tertulias de J. P. Morgan, Vanderbilt y Rockefeller.

Ascenso social

La fórmula del ascenso social, salvo que quieras entrar en una saga de proporciones dickensianas, es buena solamente si se cifra al modo como aquí se ha hecho, como un punto ciego. La *nouvelle* de Barba ofrece muchas más preguntas sin resolver que soluciones, de manera que la novela camina en profundidad hacia un enigma condensado en pocas páginas, es decir, adoptando el punto de

vista del relleno de unos moles de sentido, como si Guastavino padre y Guastavino hijo tuvieran más misterio en sus biografías que lo que muchas de ellas han reflejado.

La perspectiva es el otro recurso inteligente de Barba, pues se distancia del personaje como si lo importante fuera colmar un vacío del propio protagonista. La solución aportada es reñente a contar muchas cosas externas. Se ofrecen solo las fundamentales de la vida industrial de la factoría Guastavino, pero siempre enfrentadas al propio personaje, sobre todo Rafael Guastavino padre, quien se retira a Carolina del Norte sin que sepamos bien por qué, y tiene una lacónica comunicación por teléfono con su hijo. Aquí reside el hueco que la novela no quiere resolver, como si los dos Guastavino fuesen actores de una película cuyo guion desconocen y del que se ofrecen partes disjuntas de un rodaje. Esta estructura de oscuridad me ha parecido destacable. También sobresale Barba en algo que su narrativa va acrecentando: la densidad reflexiva, con lapidarias sentencias relativas a los asuntos vitales que ha situado al comienzo de las dos partes de la novela: el miedo puede haber sido el motor de una vida que como fábula recupera sus trazos de ciencia, de verdad y de amor. ■

LA BALDOSA GUASTAVINO

Rafael Guastavino
(Valencia, 1842-Asheville, EE. UU., 1908) creó un arco de baldosas para edificios emblemáticos de NY, como la Grand Central Terminal

